Narcisos silvestres

Ayer por la tarde, con gran desazón en el alma, te dije:
- Por estas fechas, las primeras flores de los almendros se han convertido en nuevos frutos. En las ramas verdes se ven ya las almendras gorditas y con una fuerza estupenda. Si no viene, como el año pasado, heladas intensas y tardías, puede que este año sí haya buena cosecha de almendras. Para recogerlas luego en los meses de otoño si no se las comen las ardillas, como también ocurrió el año pasado con las pocas que los fríos dejaron. Y ¿sabes qué pienso? Que para cuando de nuevo maduren las almendras ya no estarán en Granada las tres amigas. ¿A que se pone uno triste con solo pensarlo?

Y mientras te iba contando las cosas y los sentimientos nos fuimos despacio por las veredas de la cañada. Por el lado norte del Cortijo de la Viña, que es por donde se espesan los pinos y hay mucha hierba. Te seguía comentando:
- La hierba, por esta cañada y entre los olivos y retamas, aun no está muy grande. ¿Sabes por qué? Por este lado de las tierras, ha llovido más y las heladas también han sido intensas. Por eso, hasta que no pase un par de semanas, no estará grande por aquí la hierba. Tampoco han florecido ni los tomillos ni las mejoranas ni los chaparros ni las jaras blancas. Todavía hay que esperar un poco. Pero sigamos adelante por estas veredillas que ya verás como en el arroyo que baja del collado llano, sí encontramos los narcisos rupícolas. Tú sabes que ahí crecen mucho, por entre la sombra de los pinos de la solana. ¿Que para qué buscamos nosotros estas silvestres florecillas? Para nada concreto porque para nada los necesitamos pero mientras vamos recorriendo la sendillas, nos olvidamos un poco de otras cosas. Ya habrás notado que yo estoy muy disgustado. Y habrás adivinado por qué me pasa esto. Un poco por lo que nos cuentan en algunas de estas cartas que hemos recibido y otro poco por algo que también quiero comentar contigo. Nosotros no podemos hacer nada para aliviar esos problemas que tienen las personas que nos escriben.

Y de la Princesa ¿sabes qué te digo? Que nosotros, a nuestra manera, siempre la hemos querido y respetado. Fue como el sentimiento más limpio que puede darse en el corazón humano. Y por eso estoy seguro que aquel buen cariño que le dimos, en algún lugar del cielo, debe estar recogido para toda la eternidad. Y sentir que allí, lo tenemos todo limpio y sincero, da mucha tranquilidad. Lo que, con el correr del tiempo ha ido palideciendo aquí en la tierra, por estas cosas inexplicables de los humanos, nosotros lo tenemos digno y hermoso en el mejor lugar. Pero quiero decirte que su carta, tan sencilla y clara, se me clava en el alma y me duele. Ya no es ella, aquello que soñamos en su momento. Y volver atrás y empezar de nuevo, tampoco podemos. La vida va siempre hacia delante y, lo que no germina y da fruto en su momento, es difícil que grane algo más tarde. Y creer, como piensan algunos, que después del tiempo las cosas vuelven y son otra vez como al principio, no es cierto. Las cosas son en su momento y nunca más vuelven a ser porque la vida va siempre hacia delante creando realidades nuevas, aunque parezcan las mismas. Así que aunque nos duela en el alma, vamos a seguir la senda con el pensamiento puesto en nuestra pequeña meta. Es lo que nos importa y lo que para nosotros tiene valor. No hay otra alternativa ni lo queremos.

Seguimos remontando por la veredilla de las ovejas del pastor de las montañas y, al dar la curva de los pinos viejos, te comento de nuevo:
- Por estas tierras es por donde yo he visto muchas veces los narcisos que venimos buscando. Ve mirando que verás como brillan amarillos por entre el verde de la hierba. En cuanto los encontremos nos paramos y nos quedamos por aquí para gozarlos. Para alimentarnos un poco del perfume que la primavera está haciendo germinar por estas tierras. Y también para seguir soñando nuestro pequeño sueño a la vez que recordamos a las amigas del alma. Tal como siempre nosotros hemos hecho las cosas: perfumadas de hierba y de narcisos y de violetas y lirios en los hondos silencios de los campos. A esas tres muchachas mágicas que un día aparecieron por estos lugares y, a lo largo de estos meses, no han sido sino como una pequeña nube de incienso, les gusta mucho el color y el perfume de las flores. Y a la más pequeña, el color que más le gusta, es el rosa. El mismo de las flores de las jaras blancas cuando dentro de unos días florezcan. ¿Que si estarán por aquí ellas y que si el sentimiento será distinto al que es ahora? ¡Ay, Dios mío, si fuera cierto!